

Clara M^a THOMAS DE ANTONIO

El conflicto de Palestina y la política informativa israelí

En nuestra era mediática a nadie se le oculta la importancia de los medios de comunicación a la hora de conformar la opinión pública. Y si analizamos la imagen del mundo árabe en los medios occidentales, constatamos que, cuando no ha estado ausente, ha resultado distorsionada a menudo con estereotipos, medias verdades o falsedades (Bodas-Draegovich, 1994: 13), o se ha producido una sobre-información en que los hechos están desubicados del proceso en que se producen (Drago, 1994: 18). Los telediarios dedican apenas unos segundos o minutos a exponer los sucesos del momento, y sólo en especiales informativos pueden engarzar estos sucesos en el proceso en que se podrían comprender; y la prensa escrita, que le puede dedicar más espacio, apenas sobrepasa el acontecer diario, especialmente si es violento. Como decía Mz. Montávez (1994: 60, 57), «nos vemos y nos oímos más, pero nos miramos y nos escuchamos menos». Es decir, se produce una “pseudo-comunicación” entre el mundo árabe y Occidente. Y todo ello ha dado como resultado una imagen negativa, salvo raras excepciones, de dicho mundo y del Islam (Balta, 1994: 30). Pero este fenómeno se agudiza cuando se trata del conflicto de Palestina, con sus importantes repercusiones en todos los ámbitos. En este caso los medios han jugado y están jugando un papel fundamental. Además, es bien conocida la capacidad del aparato de propaganda israelí para manejar dichos medios y convertirlos en un arma eficaz para llevar a cabo sus objetivos y legitimar la represión y los hechos consumados. Y no existe la adecuada capacidad de contra-información de los medios palestinos y árabes. Una obra crucial para desentrañar los mecanismos usados por Israel en su política informativa es *La guerra israelí de la información. Desinformación y falsas simetrías en el conflicto palestino-israelí*, de la fotógrafa Joss Dray y de Denis Sieffert, jefe de redacción de la revista *Politics*. En ella se ponen de relieve las tácticas informativas del Estado de Israel para

lograr que se haga una lectura sesgada de la realidad y así justificar su actuación; y concluyen su obra con un epílogo titulado “Otra información es posible”. Para demostrar cómo se altera la realidad, cómo se produce semejante metamorfosis y cómo eso incide profundamente en la opinión que los medios occidentales van creando en torno al conflicto palestino-israelí, Dray y Sieffert analizaron la imagen que divulgaron los medios franceses de los acontecimientos políticos más importantes producidos en dicho conflicto entre el julio de 2000 y julio de 2002:

- Las negociaciones de Camp David II bajo los auspicios de Bill Clinton en los últimos meses de su mandato (julio 2000).
- El estallido de la Intifada de al-Aqsa (28/29 de septiembre de 2000).
- Las negociaciones de Taba (18 a 25 de enero de 2001).
- Los atentados contra las Torres Gemelas (11 de septiembre de 2001).
- Las elecciones israelíes ganadas por Ariel Sharon (febrero de 2002).

* * *

La finalidad de la “guerra israelí de la información”, según Dray y Sieffert, es presentar a los palestinos –y en especial a Yáser Arafat, fallecido el 11 de noviembre de 2004– como los culpables del fracaso de cualquier intento de negociar la paz, y a la vez dar la imagen de un Estado de Israel generoso que, tras ver rechazados sus esfuerzos de paz, no tiene más remedio que defenderse de la furia islámica con todos los medios a su alcance. Y en esta “guerra de la información”, Israel emplea sistemáticamente una serie de mecanismos que a menudo se entremezclan. Estos mecanismos, que también se pueden observar en su política informativa desde la victoria de Hamás en las elecciones de enero de 2006, podrían clasificarse como sigue:

1. Información a través de personajes “creíbles”.

Un primer mecanismo es transmitir las informaciones convenientes a través de personajes “creíbles” –“modernos”, “democráticos” y “pacíficos”–, a fin de validar dicha información sin necesidad de someterla a crítica. El mejor ejemplo de este tipo de personaje “creíble” sería Shlomo Ben Ami, que fue Ministro de Exteriores y de Interior del gobierno de Ehud Barak. Por ello, su campaña informativa contra Arafat –culpándole de rechazar las “generosas” ofertas israelíes en Camp David II, mientras silenciaba una oferta real imposible de aceptar para cualquier líder palestino, y acusándole de haber “votado” así por Sharon– caló en la mayoría de los medios occidentales (pp. 40-49). También se usa el recurso a citar “fuentes (supuestamente) independientes” para cortocircuitar el trabajo de los periodistas mediante la desinformación (p. 171), mecanismo al que luego se aludirá.

2. El falseamiento de los datos.

La falsedad informativa, que generalmente se hace omitiendo los datos reales, permite que se puedan articular interpretaciones engañosas sobre los acontecimientos. Así, había que tachar a Arafat de “mentiroso y corrupto” cada vez que daba un paso para solucionar el conflicto. Este discurso ha sido recurrente entre los políticos israelíes y en los medios. Por ejemplo, cuando el Consejo Nacional Palestino reconoció el Estado de Israel en Argel en 1988, Arafat dijo en París (2-5-1989) que tenía intención de enmendar la Carta de la OLP en este punto pues estaba “caduca”. Pero los israelíes y los medios le tacharon de mentiroso, porque, si se enmendaba ese punto, Israel se quedaba sin su mejor argumento contra los palestinos. Y lo cierto es que Arafat hizo enmendar ese punto de la Carta en el Consejo Nacional Palestino del 4 de abril de 1996, tras los Acuerdos de Oslo de 1993, (pp. 101-103). También se dijo que en las negociaciones de Taba (enero 2001) Arafat no admitió matices sobre el “derecho de retorno” -algo que, según la parte israelí, produciría «una invasión de Israel por las hordas de refugiados palestinos expulsados en 1948 (...), avivando así

antiguos rencores» (p. 64)-, cuando la realidad fue que «la parte palestina pidió el reconocimiento de ese derecho, pero manteniéndose abierta sobre su aplicación, hasta el punto de que Arafat precisó la necesidad de tener en cuenta la demografía de Israel» (p. 65). Otro ejemplo muy llamativo del recurso al falseamiento de la realidad fue propagar la opinión de que Arafat era el culpable del fracaso de Camp David II (julio de 2000), presentando como “generosa” una oferta israelí que nunca existió (retirada de los territorios ocupados, reparto de Jerusalén y desmantelamiento de las colonias) (p. 132). También se acusó a Arafat de haber pro-gramado la Intifada de al-Aqsa (septiembre de 2000), cuando ya era notorio que la había provocado adrede Ariel Sharon con su visita a la explanada de las mezquitas y con la planificada y desmedida represión de las manifestaciones palestinas posteriores, con el objetivo de aniquilar toda esperanza palestina de establecer su capital en Jerusalén Este (p. 52), hechos que serían minimizados en los medios para luego desaparecer. Otro modo de falsear la realidad, constante en los medios, es la inversión cronológica de la agresión, convirtiendo el efecto en causa (p. 158) y justificando así la violencia israelí. Por ejemplo, Israel convirtió el asesinato Rehavan Zeevi (17-10-2001) en una “provocación” de los palestinos, para así justificar el cerco de Arafat en la Muqata hasta que entregara a los culpables; pero se ocultaba que aquel atentado había sido una represalia palestina por el previo “asesinato selectivo” del líder del FPLP Abu Ali Mus-tafà (27-8-2001) (p. 157). El caso extremo de este mecanismo es la falsificación de la historia, sea en pequeños episodios, sea al reescribir la historia “oficial” del Estado de Israel que las sucesivas administraciones israelíes han impuesto a su propia opinión pública (p. 170), con las consiguientes represalias contra quienes se opusieran a dicha versión, como luego se verá.

3. Las falsas simetrías.

El mecanismo de las falsas simetrías consiste en repartir las responsabilidades a partes iguales entre palestinos e israelíes, dando una visión falsa de la realidad. Por ejemplo, un

comentarista que pretendía ser “imparcial”, resumía así la situación en abril de 2002, durante la violenta represión de la Intifada de al-Aqsa: Hay «por un lado, un hombre, Ariel, que nunca quiso creer en la paz con los palestinos, que condenó los Acuerdos de Oslo, un hombre para el que no existe otra paz que la de la victoria militar. Pero del otro (...), no sabemos, ya no sabemos. Arafat firmó los Acuerdos de Oslo, aceptó la vía del compromiso histórico, pero el día en que llegó el momento de la verdad, el día en que Clinton, en diciembre de 2000, le presentó los parámetros equilibrados, (...) Yáser Arafat nunca dijo sí» (p. 69). Y éste mecanismo se completaba con el de desinformación al que luego se aludirá, pues tan “imparcial” comentarista no decía que Arafat había “aceptado con reservas las propuestas americanas”, y que había pedido precisiones a Clinton -que nunca dejó por escrito tales parámetros- sobre la exacta localización de los territorios que se cederían a Israel en Cisjordania y los que recibirían a cambio los palestinos (p. 67). La falsa simetría también se puede reforzar con el mecanismo de la simplificación, que luego se expondrá, para deformar la realidad. Un sistema muy eficaz ha sido asimilar cualquier acto de violencia palestina a un acto de “guerra”, táctica que tan hábilmente ha usado y sigue usando Israel. Así se sugiere que hay una guerra feroz entre dos estados que tienen armas similares, como si los palestinos dispusieran del mismo ejército regular y las mismas armas que Israel, cuando se trata en realidad de una desesperada resistencia de grupos palestinos apenas armados (p. 158). Pero, además, esa falsa simetría se viene abajo cuando se acepta que Israel se arme masivamente -incluida la central nuclear de Dimona- y reciba una ingente ayuda militar de EEUU justificada por esa “guerra”, mientras se pone el grito en el cielo si se descubre un modesto envío de armas a la resistencia palestina, como el del carguero Karine A apresado el 3 de enero de 2002 (p. 99).

4. La desinformación.

Otro sistema, usado hasta la saciedad, es exponer sólo una parte de los hechos, silenciando por completo la parte que no favorece

los intereses israelíes. Esta táctica fue muy usada, por ejemplo, tras los Acuerdos de Oslo, al silenciarse los numerosos incumplimientos israelíes, mientras se publicitaba abundantemente la violencia palestina: «Entre 1993 y 2000 el telespectador francés tendrá el sentimiento de una marcha inexorable hacia la paz, apenas obstaculizada por los atentados de grupos islamistas. Pero no escuchará nada del retraso [de 4 años] en la retirada programada del ejército israelí de los territorios palestinos ni del sordo agrandarse de las colonias, ni del deterioro de las condiciones de vida de los palestinos» (p. 71). Así, mientras se aireaba la violencia palestina, se silenciaba el incremento incesante de los asentamientos israelíes en los territorios ocupados que se estuvo produciendo durante todo el “proceso de paz” - tanto con Rabin como con Netanyahu, Barak o , en la conocida política israelí de hechos consumados-. Tampoco se decía nada de la asfixia económica a la que se sometía a los palestinos, de las confiscaciones de tierras, de las expropiaciones para crear zonas prohibidas por necesidades de defensa, de las demoliciones de casas -salvo cuando se justificaban como represalias por atentados palestinos-, de las detenciones y muertes de palestinos... Estos hechos, que eran los que conducían a la exasperación y violencia del palestina, se ocultaban cuidadosamente a la opinión pública occidental (p. 75). Otro caso más puntual de desinformación se produjo tras el fracaso de las negociaciones de Camp David II (julio 2000), al insistir en el rechazo palestino a la “generosa” oferta israelí de “reparto” de Jerusalén , pues se silenció que no se ofrecían partes de la ciudad vieja -palestina- como capital palestina, sino pueblos anexionados del Gran Jerusalén, proponiendo, por ejemplo, que en “el barrio de Abu Dis, los palestinos podrían instalar allí su capital y llamarla al-Quds”, algo así como si al discutir “sobre la ocupación de París, os propusieran devolveros Créteil con el nombre de París” (pp. 38-39). ¡Y qué decir de la desinformación sobre la continua renuencia israelí a aceptar o siquiera negociar el resto de las principales reivindicaciones palestinas!

5. La focalización.

También es muy frecuente la táctica de focalizar la atención internacional sobre el enemigo palestino, permitiendo que quede en la sombra la actuación israelí o desviando la atención de los medios hacia otros temas para que no se hable de alguna situación que no interese a Israel. Un ejemplo de este mecanismo fue la campaña contra Arafat durante su cerco en Ramala coincidiendo con la reocupación de Cisjordania y la masacre de Yenín (abril 2002): , que aprovechaba para atacar de noche distintos campos de refugiados y ciudades palestinas, quedaba en segundo plano, en el papel de agredido obligado a una legítima defensa, mientras los focos se centraban en el cercado Arafat, que quedaba en el papel de ofensor alegando que era el que orquestaba los atentados que ensangrentaban Tel Aviv, Jerusalén o Haifa. Y raras veces se escuchaban, si es que se transmitían, las palabras de Arafat desde su encierro, cuando decía estar dispuesto a negociar una paz justa incluso con (pp. 77-79). Una forma alternativa de focalización es destacar los perjuicios sufridos por los israelíes dejando en la sombra cómo antes se había provocado a los palestinos. Un ejemplo muy frecuente en los informativos es exhibir minuciosamente los atentados palestinos contra Israel, con sus imágenes más sangrientas y el preciso recuento de sus víctimas, y dejar en la sombra los ataques sufridos por los palestinos con anterioridad y sus víctimas –muchísimo más elevadas–, desconectando así esos atentados de las provocaciones israelíes que los habían precedido. Un ejemplo llamativo de esta táctica fue el modo de destacar el atentado camicace en Mea Shearim (2-3-2002) – producido tras una semana de intensa represión israelí, que culminaría en la ofensiva de marzo-abril de 2002 con la masacre de Yenín– y acusar a los palestinos de provocar la ruptura de una inexistente tregua, que Israel ya había roto con su lluvia de fuego contra los territorios ocupados en los días anteriores (p. 144); este hecho, en caso de señalarse, se reducía a una noticia marginal y secundaria, dejando que el espectador o el lector pensase que el palestino es siempre el atacante, mientras que el israelí es la víctima que no hace más que defenderse (p. 148). El mismo mecanismo de focalización se está usando en la actualidad (desde

finales de junio de 2006) para desviar la atención internacional sobre la renuncia de los palestinos a lanzar cohetes contra territorio israelí y sobre el Acuerdo entre las diversas organizaciones palestinas sobre el llamado “Documento de los Prisioneros”, elaborado por presos palestinos en las cárceles israelíes. En dicho documento hay un reconocimiento implícito del Estado de Israel. ¿Es una casualidad que al día siguiente de llegarse a ese acuerdo de los palestinos sobre dicho documento (26/27-6-2006), Israel lanzara su brutal campaña contra los territorios ocupados con el argumento de liberar al soldado israelí secuestrado días antes? Lo cierto es que, al centrarse los medios en la campaña contra Gaza y Cisjordania, ya no se habla del Acuerdo sobre el “Documento de los Prisioneros”. Era necesario derivar la atención de dicho Documento, pues la negativa de Hamás a reconocer a Israel es el argumento empleado por la comunidad internacional para no reconocer su legítimo Gobierno surgido de las elecciones de enero de 2006 y para asfixiarlo con todos los mecanismos posibles. Además así se pueden anular los efectos del Acuerdo, provocando la reacción palestina o agudizando sus diferencias internas. Sea una u otra la forma que revista la táctica de focalización, generalmente de contenidos alarmistas y victimistas, todas ellas persiguen provocar el miedo del espectador y su rechazo hacia los palestinos, hacia los árabes y hacia los musulmanes en general.

6. La simplificación y la personalización del conflicto.

La “simplificación a través de la personificación [del conflicto] en un enemigo único” funciona mediante dos mecanismos complementarios: “la desfiguración de los hechos por medio de la exageración” y su “orquestración mediante la repetición de mensajes previamente simplificados y desfigurados” (p. 80). Este mecanismo de simplificación ha funcionado especialmente bien contra los palestinos, porque su sueño de independencia nacional estaba simbolizado por Arafat que, al margen de sus modos autocráticos, siempre permaneció al lado de su pueblo (pp. 81-82). Por ello Israel, en su intento de atacar en Arafat a todo su pueblo

(p. 84), necesitaba personalizar el conflicto en él y destruirlo. Pero lo hacía propagando una imagen contradictoria de Arafat: lo describía como “un viejo jefe reducido a la impotencia y humillado”, y a la vez, como “instigador todopoderoso del terrorismo” (p. 80), mientras éste estaba cercado en la Muqata, sin posibilidad alguna de maniobra, y mientras las infraestructuras de la ANP era aniquiladas. Extremando este mecanismo, algunos medios acabaron simplificando aún más el conflicto palestino-israelí al reducirlo a un “pulso entre y Arafat” o “al relato de la enemistad de dos ‘caudillos militares’” (p. 80). Y eran pocos los que se atrevían a superar esa tendencia a la personificación y la simplificación, analizando la complejidad de los hechos para llegar, por ejemplo, a la conclusión de que, al aislar a Arafat y destruir la infraestructura de la Autoridad Nacional Palestina, lo que perseguía era acabar con “el firmante de los Acuerdos de Oslo”, “no neutralizar al ‘terrorista’ Arafat” (pp. 80-81). Y este juego fue seguido por Occidente y por muchos países árabes porque Arafat se había negado a depender de ninguno de ellos (p. 82).

7. La deshumanización del enemigo.

Una vez lograda la personificación del conflicto, se puede dar un paso más, como recurrir al eficaz mecanismo de deshumanización del enemigo, que con tanta eficacia se ha utilizado en otros casos –por ejemplo, contra Saddam antes de la invasión de Iraq en marzo de 2003–. Así, la campaña contra Arafat, tan bien vehiculada en especial por Shlomo Ben Ami, se habría lanzado tras el fracaso de Camp David II (2000) a fin de destruir la imagen de hombre que deseaba la paz que poco a poco se había ido forjando Arafat (p. 84); esta campaña de deshumanización del enemigo fue retomada más tarde por , que el 31 de mayo de 2001 declaró en la Knesset –Parlamento israelí– su intención de modificar la imagen de Arafat en la opinión pública internacional, para hacer de él un “modelo de terrorismo” (p. 84). Pero será tras los atentados del 11-S cuando se tratará de asociar la imagen de Arafat con la de Bin Laden, pese a que en aquella

ocasión Arafat, previendo la reacción mundial contra los palestinos, intentó evitar cualquier atentado o ataque suicida, condenó los ataques del 11-S y se alineó con la coalición anti-al-Qaeda con el gesto simbólico de donar sangre para las víctimas de dichos atentados (pp. 85-86). El mecanismo de deshumanizar al enemigo a veces alcanza a todo el pueblo palestino, cuya imagen en muchos medios es la de “terrorista” violento y agresivo, y así justificar los castigos colectivos que se infringe a toda la población de los territorios ocupados. Por ello, en la manifestación que ha tenido lugar en Gaza el 8 de julio de 2006, los palestinos clamaban diciendo que también ellos eran “seres humanos”.

8. La deslocalización o descontextualización del conflicto.

Una vez asociado el enemigo a otro exterior, como Bin Laden, se procede a eliminar del conflicto sus causas originales y su localización concreta. Por ejemplo, para completar la campaña de deshumanización de Arafat, se comenzó a atribuir la violencia palestina al fanatismo musulmán internacional contra Occidente, no a la falta de horizontes y a la desesperación del pueblo palestino, convirtiendo así “el conflicto colonial palestino-israelí en una guerra en defensa de los valores occidentales” (p. 113), siguiendo la teoría de Samuel Huntington del “choque de civilizaciones”. De esta manera se descontextualizaba la violencia árabe y palestina, privándola de realidad y de causas materiales, y se reducían la colonización y la ocupación a meras anécdotas en el marco de un irredentismo secular y una guerra de religión interminable (p. 120). Incluso se llegó a considerar la revuelta palestina como “un nuevo antisemitismo” (p. 122), a cuyo amparo podía reprimir con brutalidad a los palestinos sin que se le criticara. Una vez desterritorializado el conflicto y eliminadas las reivindicaciones de los palestinos, toda la violencia palestina – incluida la anterior al 11-S– se interpretaría también en clave de “terrorismo” -elevada a axioma en la comunidad internacional y predicada insistentemente en los medios-, eliminando cualquier alusión a una resistencia armada contra la ocupación israelí. En consecuencia, la única receta contra los “terroristas” palestinos era

aplastarlos bajo las bombas, como hizo la administración Bush en su respuesta a los atentados del 11-S (p. 85). Así inició de inmediato el juego de “provocación-respuesta”, que tan rentable ha sido para Israel, ordenando el 23 de noviembre de 2001 el inicio de los “asesinatos selectivos” o “ejecuciones extrajudiciales” contra los líderes de Hamás, para luego responsabilizar directamente a Arafat de las respuestas camicaces, con la consiguiente cadena de represalias colectivas y con el cerco a Arafat en su Muqata. Llegó incluso a proponer su expulsión o asesinato (p. 87, 92), provocando una de las escasas y débiles condenas contra Israel de la comunidad internacional.

9. La negación de la realidad.

Si estos mecanismos no surten el efecto deseado, se acude a negar directamente la realidad de las causas del conflicto de Palestina. La principal forma israelí de negar la realidad es denunciar sólo la violencia palestina, negando que la violencia inicial de Israel –la colonización- y su secuela posterior –la ocupación de los Cisjordania y Gaza– estén en la base de la violencia actual; negar la humillación y la violencia diaria –física, económica o psicológica– que ejerce el Estado de Israel contra el pueblo ocupado, mientras se convierte en espectáculo la violencia palestina; o negar sus métodos brutales de represión y destrucción –salvo en casos de gran amplitud como el de la masacre de Yenín (abril de 2002), sus incursiones en Gaza (julio de 2002) (p. 139-140) o la operación “Días de Penitencia” contra Gaza (en octubre-noviembre de 2004), actuaciones que ya se escapaban a su control de la información-. También se niega la realidad atribuyendo a antisemitismo o judeofobia cualquier crítica a las actuaciones del gobierno de Israel, a su colonialismo o a su represión contra los palestinos, evitando así cualquier censura. Y se recurre, por ejemplo, a publicar en los medios franceses las listas de actos antijudíos –algo que alcanzó su cima al comienzo de la Intifada del 2000–, sin hacer lo mismo con los actos antiárabes o anti-musulmanes. Además, un lema recurrente en el uso de este mecanismo de negación es no hablar nunca de “colonización”, ni de “limpieza étnica”, ni de

“ocupación”, ni usar la palabra “colonias” –sino de “asentamientos” que “son fruto de la intransigencia árabe”–, o hablar sólo de las desgracias de los israelíes, y achacar a los palestinos su propia desgracia por resistirse a la colonización, provocando así la represión que se abate sobre ellos (pp. 182-183). Otros ejemplos muy recientes de negación de la realidad son las palabras del coronel Nir Press, director de la administración israelí de enlace en la Franja de Gaza, negando que allí se esté produciendo una crisis humanitaria, sino que los palestinos pretenden conmover a la comunidad internacional –aunque al tiempo reconoce la mala situación en Gaza y la paralización de la economía palestina– cuando organizaciones como la UNRWA y el propio Kofi Annán está hablando de la desesperada situación humanitaria que está viviendo la población (<http://actualidad.terra.es>, 9-7-2006) por la falta de energía tras el bombardeo de la central eléctrica de Gaza, el continuo cierre de fronteras que impide el paso de artículos básicos y medicamentos, o la asfixia económica a la que Israel, EEUU y la UE ha sometido al gobierno de Hamás. También niega la realidad Haim Ramón, ministro de Justicia israelí, al decir que “la incursión israelí en Gaza no es una operación de castigo”, mientras las autoridades israelíes anunciaron antes del comienzo de la operación que parte de su objetivo era “hacer a los palestinos pagar el precio” del secuestro del soldado Guilad y del disparo de cohetes contra Israel (<http://actualidad.terra.es>, 9-7-2006). De hecho les están castigando con la privación de energía eléctrica o de suministros básicos, mientras les aterrorizan con los bombardeos masivos y bombas sónicas prohibidas en todas las instancias internacionales.

10. La limitación de la libertad de prensa.

Un recurso habitual, cuando fallan otros, es impedir físicamente la libertad de movimientos de los informadores internacionales no afectos a su causa en las ocasiones en que éstos han deseado obtener la información por sí mismos, viendo la realidad en vivo y en directo. El caso más patente fue la batalla de los periodistas contra la desinformación israelí tras la “matanza”

-en palabras del propio Simón Peres- de Yenín en abril de 2002: durante 13 días los israelíes no dejaron entrar en el campo de refugiados ni a la prensa ni a las ambulancias ni a las organizaciones humanitarias ni a la comisión de la ONU enviada para aclarar los hechos (pp. 161-162), a fin de ocultar una violencia de esta-do o crímenes de guerra que las cámaras no pudieron captar (p. 163) . Otra acción israelí contra la libertad de información palestina fue silenciarlos destruyendo los locales de su radio y su televisión (19-1-2002) y negando la acreditación a periodistas palestinos que trabajaban en medios internacionales, sin que esto suscitara más protestas de esta profesión que la de Reporteros Sin Fronteras (p. 152). ¡Y qué decir de las enormes dificultades para publicar cualquier libro, artículo o reflexión sobre el conflicto de Palestina que no siga sus consignas! Una de las tácticas más sibilinas para limitar la libertad de información –y que suelen imponer los directivos de muchos medios- es activar, desactivar o modificar el léxico informativo , usando a menudo lo que llamamos “eufemis-mos”, a fin de transmitir mensajes engañosos a la opinión pública. Por ejemplo, en las redaccio-nes de muchos medios se imponen ciertos términos para referirse a los palestinos, a la tierra de Palestina o a las actuaciones de Israel: Arafat es un “jefe terrorista”; los ministros palestinos son “detenidos” mientras un soldados israelí es “secuestrado”; los palestinos no son “abatidos” por el ejército israelí sino “neutralizados”, o simplemente “se mueren” o “mueren”, mientras los israelíes son “asesinados”; las “colonias” israelíes en los territorios ocupados son sólo “asentamientos” o “lugares”; Cisjordania es “territorio judío ocupado por la OLP”. Otra forma es usar exclusivamente el término “Israel” o “Eretz Israel” para borrar del mapa la existencia de “Palestina”; llamar “Plan de Desconexión de Gaza” a lo que era simplemente un plan de retirada unilateral de ; llamar “valla” de seguri-dad al abrumador “muro” de Cisjordania, o llamar “Lluvia de verano” a la operación de junio-julio de 2006 contra Gaza, cuando es una auténtica lluvia de misiles...

11. La contraofensiva informativa.

Cuando se ha escapado de su control una información que puede resultar peligrosa, la mejor táctica es realizar un buen contraataque, usando cualquiera de los medios ya comentados. Siguiendo con el ejemplo de la matanza de Yenín, la información internacional que puso de relieve aquel horror fue contrarrestada de inmediato por una jornada de contraofensiva mediática israelí (17-4-2002) –que no recibió ninguna crítica de los medios–, diciendo que las víctimas eran terroristas, que el ejército siempre había avisado de las demoliciones de las casas, y que las casas destruidas las habían minado los propios palestinos; pero, además, desviaron la atención de la masacre mostrando “pruebas” de la directa implicación de Arafat en el “terrorismo” (pp. 164-165). La “contraofensiva” informativa se completa a veces con multitud de rectificaciones y/o ataques contra aquellos medios que exponen una visión del conflicto que no les agrada. Y otro ejemplo de “contraofensiva” son las consabidas llamadas de atención o reproches de las embajadas de Israel a los medios cada vez que sale en ellos alguna noticia “inconveniente”.

12. La deslegitimación de informadores críticos.

Cuando no se quiere o no se puede responder a argumentos críticos contra cualquier actuación israelí, la mejor táctica es deslegitimar a quien los expone, injuriándole o calumniándole. Así se intenta achacar los argumentos de informantes críticos a sus desequilibrios personales, a sus tendencias radicales o fascistas, a su irresponsabilidad, o a cualquier otro pretexto insultante (p. 170), recurriendo, por ejemplo, a los peores procedimientos de la propaganda, como asociar los nombres de esos informantes con personajes denostados por la opinión pública sin llegar a formular una clara acusación que pueda ser replicada (p.174), acusar al informante de parcialidad o deshonestidad (p. 181), o simplemente refutar sus informaciones con otras claramente adulteradas. Otra táctica sumamente eficaz de deslegitimación del informador es decir que el periodista no dice la verdad porque

es hostil a Israel –o sea, “antisemita” – o porque sus fuentes son palestinas –y por tanto, parciales–, llegando incluso a achacar a las mentiras de la prensa la imposibilidad de la paz (pp. 175-176). Y estas tácticas producen una fuerte presión sobre el informador, que le va a condicionar. En otras ocasiones se recurre a la deslegitimación de las instancias internacionales, como por ejemplo la ONU, cuando emite una de sus escasas resoluciones contra alguna actuación del Estado de Israel. Un caso muy destacado fue el de los ataques de la administración israelí contra el Tribunal Internacional de la Haya que el 9 de julio de 2004 emitió un fallo en que condenaba la construcción del muro de Cisjordania porque vulneraba los derechos del pueblo palestino. Y en el caso de que sea un Tribunal israelí el que desautorice una de sus actuaciones, la deslegitimación se produce con el mero incumplimiento de su resolución, como ha ocurrido con la sentencia del Tribunal Supremo de Israel del 30 de junio de 2004 contra el trazado del muro, cuya construcción ha proseguido como tenían previsto.

13. La intimidación a los informadores o instituciones no afines.

Si estas tácticas no bastan, se acude directamente a la intimidación psicológica o física, en forma de amenazas, contra informadores críticos con la política del gobierno israelí. Son muchos los que han sido insultados e intimidados, junto a sus familias, e incluso amenazados de muerte por informar de la realidad en Palestina. E incluso alguno ha tenido que comparecer en los juzgados franceses (mayo de 2002), acusado por miembros de entidades judías de “incitar al odio racial” por el mero hecho de dar voz a un oyente que denunciaba las políticas de y se declaraba antisionista pero no antisemita. De este modo se puede convertir cualquier crítica al gobierno israelí en delito jurídico en sentido estricto (pp. 184-185). Otro ejemplo ilustrativo, en el propio Israel, es lanzar todo tipo de descalificaciones y amenazas contra quien se oponga a la versión “oficial” de la historia del Estado de Israel. Es el caso de los llamados “nuevos historiadores israelíes” que están sacando a la luz la limpieza étnica de

palestinos realizada por Israel en 1948 (p. 170) y que ha desaparecido de esa "historia oficial". Por ejemplo, uno de ellos, Ilan Pappé, profesor de la Universidad de Haifa, está amenazado de expulsión. Y en general se ataca a cualquiera -incluidos los propios judíos- que se solidarice con los palestinos y pida la devolución de los territorios ocupados y el fin de la represión (pp. 134-137).

* * *

Con estas tácticas de propaganda, Israel busca legitimar su ocupación de Palestina y el apoyo de la opinión pública internacional a su política represiva y de hechos consumados. Pero los palestinos tienen unos derechos reconocidos por la misma comunidad internacional que ha sido responsable desde 1947 -en que se votó la "Partición de Palestina"- de la usurpación de su tierra. Y esos derechos son vulnerados de forma sistemática por el Estado de Israel. Sin embargo, a pesar de las tremendas circunstancias en que viven, los palestinos se resisten a desaparecer como pueblo. Por eso su "Intifada" diaria consiste también, para muchas gentes de los territorios ocupados, en superar los obstáculos diarios que Israel les pone para asistir a la escuela o la universidad, para seguir trabajando, para seguir comiendo, para seguir existiendo... De este modo ha ido emergiendo, como señalan Dray y Sieffert, una auténtica sociedad civil, con nuevas formas de organización en las que predomina la solidaridad y el sentimiento de comunidad. Así resume su empeño de permanencia una mujer de 50 años de Ramala: "Cada vez que ellos destruyen, nosotros reparamos, pues vivimos aquí y aquí queremos seguir viviendo. ¡Lo quieran o no!" (p. 187). Esa cotidiana realidad palestina no es precisamente la que divulgan los medios de información occidentales ni las autoridades de Israel. Por ello, Dray y Sieffert concluyen su trabajo abogando por una información que contrarreste los mecanismos de propaganda que han ido analizando: «La desinformación no es sólo una ter-

giversación de la verdad; termina también por transformar la realidad. La historia de los dos años terribles que van desde julio de 2000 a julio de 2002 actúa como un revelador de los mecanismos de información, de sus fragilidades y de sus responsabilidades. Estas circunstancias extremas borran las fronteras establecidas y convencionales entre la prensa comprometida y la que busca la objetividad. ¿Se puede permanecer “neutral” ante los acontecimientos de Oriente Próximo? ¿Contarlos no es ya declararse a favor de un compromiso necesario?» (p. 196). Dray y Sieffert nos hablaban de una situación pasada, pero parece que se estuvieran refiriendo a la más candente actualidad. Por ello, este compromiso de los medios es aún más urgente y necesario hoy en día, por la dramática situación de los palestinos y la crisis humanitaria que está provocando la brutal campaña lanzada a finales de junio de 2006 por el nuevo gobierno de Ehud Olmert en Gaza y Cisjordania, ante el silencio cómplice o los tímidos reproches de la comunidad internacional.

BIBLIOGRAFÍA.

Amo, Mercedes del, Marcos García Rey y Rafael Ortega (Eds.): *El 11-M en la prensa árabe*. Merga-blum. Sevilla. 2004.

Balta, Paul: “Los medios y los malentendidos euroá-rabes”. En Bodas-Draegovich, 1994, pp. 29-44. Bodas Barea, José y Adriana Draegovich (Eds.): *El mundo árabe y su imagen en los medios*. Editorial Comunica. Madrid. 1994.

Dray, Joss y Denis Sieffert: *La guerra israelí de la información. Desinformación y falsas simetrías en el conflicto palestino-israelí*. Trad. de Fernando García Burillo. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo. Guadarrama (Madrid). 2004.

Drago, Tito: “Pautas y estrategias en la información sobre el Mundo Árabe”. En Bodas-Draegovich, 1994, pp. 15-27.

Mz. Montávez, Pedro: "Hacia un nuevo humanismo en las relaciones con el Mundo Árabe". En Bodas-Draegovich, 1994, pp. 57-66.

Mearsheimer, John J. y Stephen M. Walt: "El Lobby israelí y la política exterior estadounidense". Versión abreviada en London Review of Books (23-3-2006).

Pappé, Ilan: "El muro en el corazón de Palestina". Trad. de CSCA web. Al-Ahram Weekly Online, 11-17 de Julio 2002.

Ruiz Bravo-Villasante, Carmen: "La creación cultural árabe y su seguridad". En Bodas-Draegovich, 1994, pp. 70-79.